

Dedicaos á sus *Obras* más que á sus Sermones, los cuales, siendo y todo un arsenal de útiles conocimientos y variadas materias, tienen el inconveniente de haberse escrito en otra lengua, que á pesar de sus excelencias, no es la clásica del Cicerón español.

En gracia de la ingenuidad, no he de ocultar dos reparos. Sea el primero, que debido á su facilidad de amplificación, Granada raya á veces en difuso; y el segundo, que suele repetirse al tocar, siquiera incidentalmente, una materia en varios puntos ó libros, lo cual no extrañará quien considere que el Autor no escribió sus obras formando cuerpo, ni en ellas se propuso un fin literario, sino sólo la edificación del pueblo, y sabido es cuanto vale al efecto inculcar y volver sobre lo dicho, *opportune importune*; en frase del Apóstol. «A pesar de estas imperfecciones (si tal nombre merecen), como dice atinadamente el citado crítico, fué el V. Fr. Luís colocado á la cabeza de los españoles elocuentes del siglo XVI, y como tal debe también venerarlo el presente.

Traslademos aquí las palabras del obispo de Salamanca y de Madrid, Sr. Martínez Izquierdo, de santa memoria: «Bien se puede aconsejar que, pues de todo lo que hacemos nos queda algún hábito, será muy provechoso que el que se disponga á escribir una composición oratoria lea

antes por algún tiempo aquella del P. Granada que encuentre más análoga, y esta práctica repetida llegará á darle unas formas y un estilo que le han de hacer muy aceptable. Además de ello, quien necesite hablar con sublimidad, apréndala del hijo y fiel discípulo de San Agustín, el Maestro *Fr. Luís de León*, cuya mente no sabía pensar sino con elevación, y en quien es fácil poseerse de ese sentimentalismo puro y generoso que producen, cuando se juntan en el alma, el dolor y el amor verdadero. *Santa Teresa* nos ofrecerá un ejemplar sin segundo de lenguaje familiar, culto, expresivo y gracioso, que sin perder su sencillez y naturalidad toca las ideas más altas y declara verdades las más recónditas. Si queremos adquirir abundancia de términos y aprender á multiplicar los conceptos sobre una materia, son maestros especiales los *PP. Márquez y Nieremberg* (1). Fr. Juan Márquez, agustino, predicador de Felipe III y celeberrimo orador de su época, dejó escrito *El Gobernador cristiano* y otras obras del más puro lenguaje; y al P. Nieremberg diéronle universal renombre su *Aprecio y Estima de la divina Gracia* y su *Diferencia entre lo temporal y lo eterno*.

(1) *Instrucción á los sacerdotes que ejercen el ministerio de la predicación.*

Del Beato Juan de Avila dice Granada: «Bastará decir que los que entienden en qué consiste la suma de la verdadera elocuencia, no la echará menos en las escrituras de este Padre..... mayormente en sus *Cartas*. En las cuales, unas veces consuela á los tristes, otras esfuerza á los pusilánimes, otras exhorta á padecer por Dios trabajos, otras mueve los ánimos al menosprecio del mundo, al dolor de los pecados, á poner toda su confianza en Dios, y otras á otros afectos y virtudes semejantes. Lo cual hace con tanta fuerza de razones y consideraciones y testimonios y ejemplos de la Santa Escritura, que deja al hombre consolado y esforzado y persuadido» (1).

Del franciscano *Diego de Estella* leed los clásicos tratados sobre la *Vanidad del Mundo* y *Meditaciones sobre el amor de Dios*, así como la *Conquista del reino de Dios* de su hermano de hábito Fr. Juan de los Angeles.

Muy dignas son asimismo de recomendación las *Meditaciones* del P. Lapuente, «compendio sin igual de doctrina sana, que con ligero trabajo se aprovecha para el púlpito» (2).

Merece lugar de honor entre los oradores españoles el dominico aragonés, V. Lanuza, obispo de Barbastro y de Albarracín (1553-1625).

(1) *Vida del V. Maestro Juan de Avila*, § V.

(2) Sr. Martínez Izquierdo, *Instrucción* citada.

Sus composiciones oratorias, en especial sus *Homilias*, vertidas al latín y á otras lenguas, le conquistaron general renombre, dando origen al dicho vulgar: *Nescit prædicare qui nescit lanuzare*.

Su paisano Fr. Diego de Murillo, gloria de los Menores, compite con Lanuza en su bello lenguaje, y le supera en la multitud y variedad de sus obras predicables, con manifiesta injusticia relegadas al olvido entre nosotros y utilizadas con aplauso por los extranjeros, que de ellas hicieron muchas versiones. Tiene *Exposición de los Evangelios de Adviento y Cuaresma* (estos por partida doble), varias *Oraciones fúnebres*, *Panegíricos*, *Sermones* sobre diferentes asuntos, y obras ascéticas muy estimables (1555-1616).

Tras los esplendores de aquel siglo, y mientras en las obras de Granada se formaban los célebres predicadores franceses del siglo XVII, vino para los españoles en mal hora la decadencia de los estudios escolásticos por una parte, y por otra el mal gusto que por más de una centuria amagó dar al traste con la lengua castellana. Cual perlas en lodazal, andaban los textos de la Sagrada Escritura en retruécanos, torpes juegos de palabras y zurcidos de insulsas agudezas. Como exposiciones, dábanse las más raras é inverosímiles. El ritmo y la cadencia iban á la par,

formando un estilo especial, llamado gerundiano, cuyo epíteto viene á recordarnos cierto libro célebre nacido al calor de aquellas circunstancias. Quiso su autor poner coto á tanto abuso empleando la sátira, como Cervantes la había usado, para echar por tierra las leyendas de la andante caballería. Sin parar mientes en lo escabroso del asunto, no con el sin igual pincel de Cervantes, tan inspirado como inofensivo siempre, sino con brocha gorda, y con más descaro que ingenio y buen gusto, trazó la grotesca figura del Gerundio, no teniendo en cuenta que salía pintado el mismo pintor. Quien escribía el Gerundio era también autor de sermones gerundianos. No ponemos en duda la buena intención del escritor, y aun le alabaríamos, si el fin santificara los medios y procedimientos. Pero estos fueron en tan alto grado imprudentes, que, más que otra cosa, resultó el libro denigrante caricatura de las Ordenes mendicantes. Los buenos y juiciosos consejos que en él hay quedan ahogados en el turbio oleaje de los mil chistes de mal género, impropios del carácter del autor y mal sonantes á los oídos cristianos, por ofensivos (al menos de rechazo) á muy respetables y sagradas Instituciones. La Iglesia reprobó esta obra, que hasta el día se ve incluida en el Índice romano de libros prohibidos.

Sin citar nombres, que formarían largo catálogo, baste deciros que no busquéis modelos entre las medianías de esa época, que abarca desde mediados del siglo XVII hasta igual tiempo del XVIII, sobre todo en panegíricos y homilías. Sin embargo, mucho bueno hallaréis en algunos sermonarios henchidos de excelente doctrina, como los de Barcia que á pesar de su mal gusto, propio de la época, han sido verdadero arsenal muy aprovechado por los predicadores hasta principios de este siglo. También merece particular mención el P. Calatayud, S. J., que además de haber sido gran misionero, dejó escritos ejercicios, sermones de misión, pláticas y catecismos.

Quiso remediarse la penuria que en España ya se sentía, con traducciones de oradores franceses, en general detestablemente hechas, que por lo mismo no puedo recomendar á quien trata de formarse estilo, añadiendo el poco gusto que ofrecerían á nuestros modernos auditorios los exordios largos, las proposiciones tres ó cuatro veces repetidas en la exposición del asunto, las divisiones nimias, amplificaciones exageradas y sobrada extensión de los discursos. Con estas salvedades, y concretándonos á la materia y al fondo, si algo se quisiere utilizar, merecen preferencia, en cuanto cabe, Massillon, Bossuet y Bourdaloue. Aquel es de los franceses el que más se

acerca á la grandiosidad, riqueza y dignidad de Cicerón. Bossuet se distingue por su brillantez y originalidad en la interpretación de los sagrados textos y naturalidad con que los incorpora á su palabra, asimilándose el genio y locuciones de la lengua santa. Es trasunto de los Padres que más han influido en su formación oratoria: representa la viril firmeza y sublimes acentos de Tertuliano y la abundancia y majestad sencilla y noblemente familiar de San Agustín. Siendo admirable cantor de los sagrados misterios de la religión y de la gracia, es también profundo observador de la naturaleza, de los defectos de inteligencia y de carácter, lo mismo que de las pasiones humanas, ya describa sus generales notas, consecuencias y escándalos, ya se ocupe de cada pasión en particular. Domina al hombre, porque habla como hombre completo.

Bourdaloue es maestro por otro estilo. No tiene la elevación, entusiasmo y poesía de Bossuet, pero le supera en el método y progresiva fuerza del raciocinio. Es lógico inflexible, acabado teólogo, moralista consumado. En elocuencia religiosa, nada conozco más inimitable que sus primeras partes sobre la *Concepción*, *Pasión (Dei virtutem)*, *Resurrección*, etc. Sus oraciones sobre la *Ambición*, la *Providencia*, el *Juicio temerario*, la *Religión cristiana*, son también exce-

lentes. Revela vasta ciencia, elevada y poderosa razón, alma santa, corazón ardiente y apostólico: Es modelo de orador cristiano. Sus *Panegíricos* y *Oraciones fúnebres* valen mucho menos que sus *Sermones*.

Por fin, suscitó la Providencia uno de esos hombres que, al pasar por el mundo, dejan indelebles huellas. Reservábase al Bto. Diego José de Cádiz (1743-1801) renovar en España el espíritu apostólico, menos con sus escritos, si bien muy apreciables, que con su vida legendaria y con su historia. No hay resorte comparable á la voz del santo Capuchino, émulo de San Vicente Ferrer. «Desde entonces acá, palabra más elocuente y encendida no ha sonado en los ámbitos de España. Los sermones y pláticas tuyas que hoy leemos son letra muerta y no dan idea del maravilloso efecto, que no bajo las bóvedas de una iglesia, sino á la luz del medio día, en una plaza pública ó en un campo inmenso, ante treinta mil ó más expectadores, porque las ciudades se despoblaban y corrían en turbas á recibir de sus labios la divina palabra, producía con estilo vulgar, con frase desaseada; pero radiante de interna luz y calentada de interno fuego, aquel varón extraordinario, en quien todo predicaba, su voz de trueno, el extraño resplandor de sus ojos, su barba blanca como la nieve, su hábito, y su cuerpo amo-

jamado y seco. ¿Qué le importaba á tal hombre las retóricas del mundo, si nunca pensó en predicarse á sí mismo?» (1). Recordad aquí lo dicho con relación á los primitivos Apóstoles: imitad el espíritu, sólo admirad la ausencia de medios humanos, suplida por las gracias *gratis datas* que en nosotros fuera temerario esperar.

«Con el P. Cádiz compartió la gloria de misionero, y le excedió mucho como escritor, porque era hombre más culto y literato, el capuchino señor Miguel de Santander, obispo auxiliar de Zaragoza..... Quedan de él hasta once tomos de sermones entre dogmáticos, morales y panegíricos y ejercicios de sacerdotes, y pláticas para religiosas, con otros opúsculos de menos cuenta, que por mucho tiempo han sido arsenal de los predicadores españoles. El primer tomo de este inmenso repertorio está destinado á probar contra los incrédulos la divinidad de la religión de Jesucristo, asunto nuevo en la oratoria sagrada española, cuando el autor escribía y predicaba. Son materia de estos sermones (mucho más doctrinales que oratorios, y semejantes á los que hoy se llaman en Francia *conferencias*) la existencia de Dios, la necesidad de la religión revelada, la di-

(1) Menéndez Pelayo, *Los Heterodoxos Españoles*, Lib. VI, capítulo III.

vinidad de la religión católica, la autenticidad, verdad y divinidad de los Evangelios, la certidumbre de las profecías y de los milagros, la inmortalidad del alma, el pecado original y las causas y pretextos de la incredulidad. El tono es templado y de enseñanza, aunque no faltan felices movimientos oratorios» (1).

Aunque no fué orador, débese aquí citar al P. Alvarado (1756-1814) cuyas obras, y sobre todas *El Filósofo Rancio*, serán para mucho tiempo la última palabra tocante á la herejía liberal, en todas sus cambiantes. No es que os alabe sus donaires ni os recomiende su estilo. «Quizá esos mismos donaires que en lo estragado del gusto de entonces le adquirieron tanta fama y que hoy mismo se la conservan entre lectores de buen contentar y gusto poco difícil, le hayan perjudicado, en concepto de jueces más severos, para que con notoria injusticia no se le haya otorgado aún el puesto que como pensador, filósofo y controversista merece. No hay en la España de entonces quien le iguale, ni aún de lejos se le acerque, en condiciones para la especulación racional. Puede decirse que está solo y que llena un período de nuestra historia intelectual..... Educado en el claustro, no tiene ni uno solo de los resabios del

(1) El autor citado, *ibidem*.

siglo XVIII. Sus méritos y sus defectos son españoles á toda ley» (1).

Entrado el siglo XIX, va paulatinamente restaurándose nuestra oratoria sagrada; pero mucho falta para volver al punto de partida, que es nuestra edad de oro, en la cual aún hoy habéis de inspiraros. No obstante, pueden recomendarse para pláticas doctrinales, entre otros, *El Catecismo Explicado* de Mazo y las publicaciones del P. Planas, O. P., que tan general aceptación ha merecido, y tan señalados servicios ha prestado á los párrocos de toda España con su *Catequista Orador*.

Para exposición de las verdades externas, tenéis un foco de inspiración, y la quinta esencia de cuanto sobre ellas conocemos, en el librito del V. Claret *Ejercicios Espirituales de San Ignacio*, acaso el mejor que sobre la materia se ha escrito en nuestros días y obra maestra del autor. Al mentar á este varón de Dios, rindámosle tributo de veneración, debido á su vida apostólica, á su irresistible palabra y á la bienhechora influencia de sus numerosos escritos de propaganda. Fué en nuestro tiempo algo así como el Beato Diego en el suyo. La divina Providencia, que jamás falla en sus disposiciones, le sacó por ocultos ca-

(1) El mismo autor, *ibidem*.

minos del noviciado de la Compañía de Jesús y del arzobispado de Cuba, para traerle al teatro de su misión. No hay llaga social que no haya sentido el contacto de su mano bendita. En él se ensañaron las furias infernales, y como el otro santo Pontífice, pudo exclamar: *Dilexi iudicium et justitiam, propterea in exilio morior*.

Después de la trágica y santa muerte del primer obispo de Madrid Sr. Martínez Izquierdo, fueron publicados en dos tomos los diferentes escritos que brotaron de su pluma, dignos de andar en manos del clero por la buena doctrina y espíritu que en ellos resplandece y por las reglas prácticas que hay en ellos para resolver no pocos puntos de actualidad.

Dos figuras de consideración nos salen aquí al encuentro, tan parecidas, que á ratos se identifican: el Cardenal Monescillo y el canónigo de Toledo, Manterola. Los *Sermones, Panegíricos* y *Pastorales* del primero son dignos de ponderación, por su lenguaje conciso y por lo apostólico de su fondo. Tipo del propagandista católico en este siglo, no esperó que á él acudiesen las almas; salió, como el Buen Pastor por montes y valles, á buscarlas al periódico, al folleto, á la cátedra y á la tribuna parlamentaria.

Manterola, sin esa majestad propia del ministerio pastoral, fué también gran propagandista

católico. Era humanista y teólogo; y conocedor del siglo en que vivía, supo hablarle su propio lenguaje. Siendo diácono, se le confió de oficio el ministerio de la divina palabra, cual si el púlpito cristiano se adelantase á vindicar para sí lo que á porfía le habían de disputar la cátedra y el parlamento. Entre sus composiciones oratorias merece notarse *El Satanismo combatido desde la cátedra del Espíritu Santo*, ó sea, conferencias sobre el espiritismo, y sus escritos en pro de la unidad católica, que tuvo en él y en Monescillo sus más denodados paladines.

Como orador genuinamente sagrado, no debe pasar desapercibido el Cardenal Sanz y Forés, que sucesivamente ocupó las sedes de Oviedo, Valladolid y Sevilla. Todo en él se correspondía: presencia venerable, voz llena, límpida y majestuosa, fluidez y naturalidad de expresión, manejo incomparable de las Sagradas Escrituras. Sus pastorales y obras predicables son como otra *Catena Aurea* donde en uno se funden su estilo y el de los Libros Santos.

Nada os diré de los modelos vivos; quizá podéis oírlos y conocéis además sus obras, y fácil os será consultarlas, para poner vuestra palabra á la altura de las nuevas generaciones. Basten los apuntes susodichos, que vuestros profesores sabrán oportunamente completar.

De los modernos como de los antiguos, de los predicadores de vuestra lengua lo mismo que de los Santos Padres, tomad por maestros y modelos los mejores. Para sacar más fruto de sus lecciones, estudiad á fondo algunos de sus discursos, analizadlos, haceos cargo de la idea capital, distribución de las pruebas, serie de razonamientos, desarrollos y adornos oratorios, movimientos y efectos de elocución. Anotad lo que os parezca más bello, y también lo que halléis defectuoso. Si tenéis buena memoria, aprended ciertos pasajes cuya elocución más al vivo os impresionen, y utilizadlos para dar, llegado caso, á vuestra inteligencia y á vuestro corazón iniciativa y vida, como se emplean excitantes y espirituosos para estimular el organismo y despejar los sentidos. Pero repito: no copiéis á nadie, sed siempre vosotros.

Ultimo consejo, para terminar el capítulo. Jamás toméis nada de oradores heterodoxos, sea cual fuese su mérito literario. Os darán una doctrina desvirtuada ó adulterada, y os expondréis á tomarles algo que ceda en vuestra confusión. Lo he visto en una de nuestras capitales: un predicador de pretensiones aprendió y declamó ante su auditorio un sermón, por lo demás bastante original, de un pastor protestante. No tardó en

descubrirse el hurto con gran escándalo de los fieles y deshonra del púlpito. ¿A qué revestiros de esos despojos de filisteo, teniendo á mano verdaderas y magníficas preciosidades?

Leed, meditad y no olvidéis estas palabras tan bellas como dignas de Tertuliano: «¿Qué siervo acude por víveres á los extraños, y lo que es peor, al enemigo de su señor? ¿Qué soldado acepta donativos y sueldo de reyes no aliados, y más aún hostiles á sus jefes, fuera de un desertor, tránsfuga ó rebelde?—Nada podrá esperarse de quien se dedica á destruir; ninguno recibirá luz de quien allega tinieblas. Busquemos, pues, lo que necesitamos, en nuestra casa, cabe los nuestros y de nuestra hacienda (1).

(1) *Quis servus cibaria ab extraneo, ne dicam ab inimico domini sui sperat? Quis miles ab infederatis, ne dicam ab hostibus regibus donativum et stipendium captat, nisi plane desertor et transfuga et rebellis?—Nemo inde instrui potest unde destruitur. Nemo ab eo illuminatur à quo contenebratur. Queramus ergo in nostro et a nostris et de nostro.* (Lib. de Præscript. Heret., XII).

CAPÍTULO VI

LO QUE SE HA DE PREDICAR

Estudiando á los maestros y modelos de predicación, veréis pasar ante vosotros las elevadas y santas verdades de que han tratado, y podréis ya haceros cargo de las materias que deben ser objeto preferente de vuestra palabra.

Como ministros de Jesucristo y sucesores de los Apóstoles, los Santos Padres y los predicadores dignos de este nombre han obedecido la consigna del divino Maestro, que les encargó predicasen el Evangelio: «Predicad el Evangelio á toda criatura» (1), dijo el Salvador á sus enviados. «Id á enseñar á todas las naciones, instruyéndolas en la guarda de cuanto os he confiado» (2). «Se predicará mi Evangelio en todo el mundo» (3). De hecho se dispersaron los Apóstoles con el único

(1) «*Prædicate Evangelium omni creatura.*» (Marc., XVI, 15).

(2) «*Euntes docete omnes gentes.... docentes eos servare quæcumque mandavi vobis.*» (Matth., XXVIII, 20).

(3) «*Prædicabitur hoc Evangelium regni in universo mundo.*» (Matth., XXIV, 14).